

Nueva luz en el Nuevo Mundo

Un agricultor honrado y de corazón recto, que anhelaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre elegido por Dios para marcar el rumbo en la proclamación de la segunda venida de Cristo. Al igual que muchos otros reformadores, William Miller había luchado con la pobreza y había aprendido lecciones de abnegación.

Ya desde su niñez había dado pruebas de una fortaleza intelectual más que común. Su mente era activa y bien desarrollada, y tenía intensa sed de conocimiento. Su amor por el estudio y el hábito de pensar en forma cuidadosa, junto con su agudo criterio, lo convirtieron en un hombre de sano juicio y vasta comprensión. Poseía un carácter moral irreprochable y una envidiable reputación. Ocupó puestos civiles y militares con éxito. Parecía que la riqueza y el honor le sonreían.

En la niñez, había sido influenciado por la religión; pero temprano en su edad madura, se relacionó con la sociedad de los deístas,¹ cuya influencia era poderosa, ya que estaba constituida mayormente por buenos ciudadanos, de trato humano y benévolo. Viviendo en medio de instituciones cristianas, sus caracteres habían sido modelados, hasta cierto punto, de acuerdo con su entorno. Ellos debían a la Biblia la excelencia que los distinguía y que les acreditaba el respeto; sin embargo, estos buenos dones eran pervertidos para ejercer una influencia contraria a la Palabra de Dios. Miller fue inducido a adoptar sus opiniones.

Las interpretaciones corrientes de las Escrituras presentaban dificultades que a él le parecían insuperables; por otro lado, su nueva posición, aunque descartaba la Biblia, no le ofrecía nada mejor, y él se sentía insatisfecho. Pero cuando Miller tenía 34 años, el Espíritu Santo impresionó su corazón con su condición de pecador. No hallaba ninguna seguridad para su felicidad más allá de la tumba. El futuro era oscuro y tenebroso. Refiriéndose a sus sentimientos de ese tiempo, dijo:

“Los cielos eran como de bronce sobre mi cabeza, y la tierra como hierro debajo de mis pies. [...] Cuanto más pensaba, tanto más confusas eran mis conclusiones. Traté de dejar de pensar, pero no podía dominar mis pensamientos. Era verdaderamente miserable, pero no entendía la causa. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Entendía que existía el mal, pero no sabía cómo o dónde encontrar el bien”.

¹Deísmo: La creencia de que Dios existe y creó el mundo, pero después no asumió ningún control ni demostró preocupación por la vida de las personas; la creencia de que la razón es suficiente para el conocimiento de la verdad; rechaza la revelación (*Webster's New World Dictionary*).

Miller encuentra a un Amigo

“Repentinamente –relata él–, el carácter de un Salvador impresionó vívidamente mi mente. Parecía que podía haber algún ser tan bueno y compasivo que él mismo expiara nuestras transgresiones, y por lo tanto nos evitara la penalidad del pecado. [...] Pero se suscitó la pregunta: ¿Cómo puede probarse que ese ser existe? Descubrí que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de un Salvador semejante, o siquiera de una existencia futura [...]”.

“Vi que la Biblia presenta a un Salvador como el que yo necesitaba; y me sentí perplejo en cuanto a cómo un libro no inspirado podía desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Escrituras deben ser la revelación de Dios. Ellas llegaron a ser mi delicia; y en Jesús encontré a un Amigo. El Salvador llegó a ser para mí el más distinguido entre diez mil seres humanos; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, ahora llegaron a ser la lámpara a mis pies y luz a mi sendero. [...] Descubrí que el Señor Dios es una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia ahora llegó a ser mi tema de estudio principal, y puedo decir que en verdad la investigué con gran delicia. [...] Me pregunto por qué no había visto su belleza y su gloria antes, y me asombro de que hubiera podido rechazarla. [...] Perdí todo gusto por cualquier otra lectura, y apliqué mi corazón a adquirir sabiduría de Dios”.²

Miller profesó públicamente su fe, pero sus asociados incrédulos emplearon todos los argumentos que él mismo a menudo había usado contra las Escrituras. Él razonaba que, si la Biblia es la revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma. Se determinó estudiar las Escrituras y asegurarse de que cada aparente contradicción pudiera armonizarse.

Dejando a un lado los comentarios, comparó texto con texto con la ayuda de las referencias marginales y de una concordancia. Comenzando con el Génesis, leyendo versículo por versículo, cuando hallaba alguna cosa poco clara tenía la costumbre de compararla con cualquier otro pasaje que parecía referirse al mismo asunto bajo consideración. Permitted que cada palabra tuviera su sentido preciso en el texto. En todas las ocasiones en que se encontraba con un pasaje difícil de entender, halló una explicación en alguna otra porción de las Escrituras. Estudió con fervorosa oración, buscando iluminación divina, y experimentó la verdad de las palabras del salmista: “La exposición de tus palabras nos da luz, y da entendimiento al sencillo” (Salmo 119:130, RVC).

Con intenso interés, estudió el libro de Daniel y el Apocalipsis, y descubrió que los símbolos proféticos podían entenderse. Vio que las diversas figuras literarias, las metáforas, las similitudes, etc., o se explicaban en el contexto inmediato o eran definidas en otros pasajes; y cuando así quedaban explicadas, debían entenderse literalmente. Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad

²S. Bliss, *Memories of William Miller* [Memorias de William Miller], pp. 65-67.

recompensaron sus esfuerzos. Paso a paso trazó las grandes líneas proféticas. Los ángeles del Cielo estaban guiando su mente.

Llegó a convencerse de que la opinión popular de un milenio temporal antes del fin del mundo no se fundaba en la Palabra de Dios. Esta doctrina, que señalaba un período de mil años de paz antes de la venida del Señor, es contraria a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quienes declararon que el trigo y la mala hierba crecerían juntamente hasta la cosecha –el fin del mundo–, y que “los hombres malvados y los engañadores [irían] de mal en peor” (2 Timoteo 3:13).

La venida personal de Cristo

La iglesia apostólica no sostenía la doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo. Los cristianos en general no la aceptaron sino hasta comienzos del siglo XVIII. Esta doctrina enseñaba a las personas a considerar que la venida del Señor estaba muy adelante en el futuro y les impedía prestar atención a las señales que anunciaban su pronto regreso. Indujo a muchos a descuidar su preparación para encontrarse con el Señor.

Miller encontró que en las Escrituras se enseña en forma sencilla una venida de Cristo literal y personal. “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16, 17). “Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (S. Mateo 24:30). “Así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:27). “El Hijo del hombre” vendrá “en su gloria, con todos sus ángeles” (S. Mateo 25:31). “Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos” (S. Mateo 24:31).

A la venida del Señor, los justos muertos serán resucitados y los justos vivos serán transformados. “No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad” (1 Corintios 15:51-53). “Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre” (1 Tesalonicenses 4:16, 17).

El ser humano en su estado actual es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible. Por lo tanto, el ser humano en su estado presente no puede entrar en el Reino de Dios. Cuando Jesús venga, él otorgará la inmortalidad a su pueblo, y entonces lo llamará a poseer el reino del que hasta ahora su pueblo había sido solo heredero.

Las Escrituras y la cronología

Estos y otros pasajes le probaron claramente a Miller que el reino universal de paz y el establecimiento del Reino de Dios en la Tierra venían después del Segundo

Advenimiento. Por otra parte, la condición del mundo correspondía a la descripción profética de los últimos días. Entonces, se vio obligado a llegar a la conclusión de que el período asignado a la Tierra en su estado actual estaba por finalizar.

“Otra clase de evidencia que afectó finalmente mi mente –dice él– fue la cronología de las Escrituras. [...] Encontré que los acontecimientos predichos, los cuales se habían cumplido en el pasado, a menudo se habían desarrollado dentro de los límites de un tiempo determinado. [...] Acontecimientos [...] que una vez fueron solamente asunto de la profecía [...] se cumplieron de acuerdo con las predicciones”.³

Cuando encontró períodos cronológicos que se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no podía sino considerarlos como los períodos de la historia de la Tierra determinados por Dios, el cual se los había revelado a sus siervos. “Lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre” (Deuteronomio 29:29). El Señor declara que él “nada hace [...] sin antes revelar sus designios a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). Los estudiantes de la Palabra de Dios pueden esperar con confianza encontrar claramente señalado en las Escrituras el acontecimiento más increíble de la historia humana.

“Me convencí plenamente –dice Miller– de que toda la Escritura inspirada por Dios es útil; y que [...] fue escrita por profetas impulsados por el Espíritu Santo, y fue escrita ‘para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza’. [...] Por lo tanto sentí que, al tratar de comprender lo que Dios en su misericordia había visto bien revelarnos, no tenía ningún derecho de pasar por alto los períodos proféticos”.⁴

La profecía que parecía revelar más claramente el tiempo de la Segunda Venida era Daniel 8:14: “Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario”. Haciendo de la Biblia su propio intérprete, Miller descubrió que, en los símbolos proféticos, un día representa un año. Vio que los 2.300 días proféticos –o sea, años literales– se extenderían mucho más allá de la terminación de la dispensación hebrea y, por lo tanto, no podían referirse al Santuario de esa dispensación.

Miller aceptaba la idea general de que, en la Era Cristiana, el “Santuario” era la Tierra; por lo tanto, entendía que la purificación del Santuario predicha en Daniel 8:14 representaba la purificación de la Tierra por medio del fuego en ocasión de la segunda venida de Cristo. Él concluyó que, si pudiera encontrarse el punto de partida correcto de los 2.300 días, se podría revelar el tiempo del Segundo Advenimiento.

Descubre el cronograma profético

Miller continuó el estudio de las profecías, dedicando noches enteras y días completos al estudio de lo que ahora parecía tener una importancia tremenda. En el capítulo 8 de Daniel no pudo encontrar ninguna pista para descubrir el punto de

³*Ibid.*, pp. 74, 75.

⁴*Ibid.*

partida de los 2.300 días. El ángel Gabriel, aunque había recibido la orden de hacerle comprender a Daniel la visión, le dio solamente una explicación parcial. Cuando al profeta se le reveló la terrible persecución que recaería sobre la iglesia, no pudo soportar más la escena. Daniel quedó “exhausto”, y guardó cama “varios días”. “La visión me dejó pasmado –dice él–, pues no lograba comprenderla” (Daniel 8:27).

Sin embargo, Dios le había mandado a su mensajero: “Dile a este hombre lo que significa la visión”. En obediencia al mandato, el ángel volvió a Daniel y le dijo: “He venido en este momento para que entiendas todo con claridad. [...] Presta, pues, atención a mis palabras, para que entiendas la visión”. Un punto importante del capítulo 8 había quedado sin explicar, es a saber, los 2.300 días; por lo tanto, el ángel, continuando con su explicación, se espació en la cuestión del tiempo.

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad [...]. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí [...]. Y por otra semana [el Mesías] confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 8:16; 9:22, 23, 24-27, RV 60).

El ángel había sido mandado para explicar a Daniel lo que no había logrado entender: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Las primeras palabras del ángel son: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”. La palabra “determinadas” significa literalmente “cortadas”. Setenta semanas, o sea 490 años, son cortadas como un período que pertenece especialmente a los judíos.

Dos períodos proféticos unidos

Pero ¿de dónde serían cortadas? Siendo que los 2.300 días eran el único período profético mencionado en el capítulo 8, las setenta semanas debían por lo tanto ser una parte de los 2.300 días. Los dos períodos deben empezar al mismo tiempo, y las setenta semanas debían arrancar con “la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”. Si pudiera encontrarse la fecha de este mandato, entonces podría determinarse el punto de arranque de los 2.300 días.

El capítulo 7 de Esdras registra el decreto promulgado por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a.C. Tres reyes, que originaron y completaron el decreto, le dieron las características requeridas por la profecía para señalar el comienzo de los 2.300 años. Estableciendo la fecha 457 a.C. (cuando el decreto fue completado) como la fecha de “la orden”, todas las especificaciones de las setenta semanas resultan cumplidas.

“Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”. Esto es, 69 semanas, o 483 años. El decreto de Artajerjes entró en vigor en el otoño del 457 a.C. Desde esta fecha, 483 años se extienden hasta el otoño del año 27 de nuestra era. En ese momento se cumplió esta profecía. En el otoño del año 27, Cristo fue bautizado por Juan y

recibió la unción del Espíritu. Después de su bautismo se fue a Galilea, “a anunciar las buenas nuevas de Dios. ‘Se ha cumplido el tiempo’, decía” (S. Marcos 1:14, 15).

El evangelio es predicado al mundo

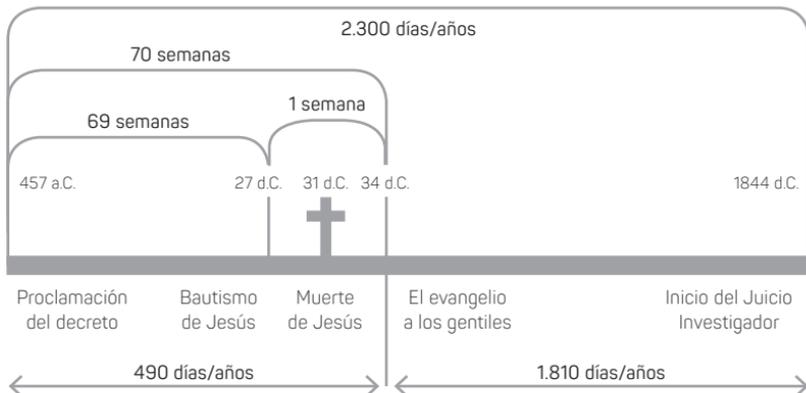
“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos”. Estos son los últimos siete años del período asignado a los judíos. Durante este tiempo, que va desde el año 27 hasta el año 34 de nuestra era, Cristo y sus discípulos extendieron la invitación evangélica, especialmente a los judíos. La orden del Salvador fue: “No vayan entre los gentiles ni entren en ningún pueblo de los samaritanos. Vayan más bien a las ovejas descarriadas del pueblo de Israel” (S. Mateo 10:5, 6).

“A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”. En el año 31 d.C., o sea, tres años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, los símbolos encontraron su cumplimiento. Todos los sacrificios y las ofrendas del sistema ceremonial judaico debían cesar.

Los 490 años asignados a los judíos terminaron en el año 34 d.C. En esa época, por orden del Sanedrín judío, la nación selló su rechazo del evangelio con motivo del martirio de Esteban y la persecución a los seguidores de Cristo. Entonces, el mensaje de salvación fue llevado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, “predicaban la palabra por dondequiera que iban” (Hechos 8:4).

Hasta aquí toda especificación de la profecía se cumple con exactitud. El comienzo de las 70 semanas está fijado fuera de toda duda y corresponde al año 457 a.C.; y su terminación es en el año 34 de nuestra era. Las 70 semanas (490 días), cortadas de los 2.300 días, dejan 1.810 días. Después de la terminación de los 490 días, todavía quedaban por cumplirse los 1.810 días. Desde el año 34 d.C., los 1.810 años se extienden hasta 1844. En consecuencia, los 2.300 días de Daniel 8:14 terminan en 1844. A la terminación de este gran período profético, “el santuario

“Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Dan. 8:14).



será purificado”. Así quedaba señalado el tiempo de la purificación del Santuario, que casi universalmente se creía que ocurriría en ocasión de la segunda venida de Cristo (ver diagrama en la pág. 146).

Una conclusión alarmante

Al principio de sus estudios, Miller no tenía la más mínima idea de que llegaría a la conclusión a la que ahora había arribado. Apenas podía creer en los resultados de su propia investigación. Pero la evidencia de las Escrituras era demasiado clara para ser descartada.

En 1818, llegó a la solemne convicción de que, después de unos 25 años, Cristo aparecería para redimir a su pueblo. “No necesito hablar –dice Miller– del gozo que llenó mi corazón en vista de la perspectiva encantadora, ni de los ardientes anhelos de mi alma de participar en los gozos de los redimidos. [...] ¡Oh, cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad! [...]”.

“Con poderosa convicción se me hizo claro el pensamiento relativo a mi deber hacia el mundo, en vista de la evidencia que se había apoderado de mi propia mente”.⁵ Él no podía sino sentir que era su deber impartir a los demás la luz que había recibido. Se anticipaba a la oposición de los impíos, pero tenía la confianza de que todos los cristianos se regocijarían por la esperanza de encontrarse con su Salvador. Dudaba de la conveniencia de presentar la perspectiva de la gloriosa liberación, que había de consumarse tan pronto, no fuera que estuviera equivocado y desviara a otros. Así se vio movido a revisar y a considerar cuidadosamente cada dificultad que se presentaba en su mente. Después de trabajar cinco años en esto, quedó convencido de la corrección de su posición.

“Ve y advierte al mundo”

“Cuando estaba ocupado en mis quehaceres –dijo él–, continuamente resonaba en mis oídos la orden: ‘Ve y advierte al mundo de su peligro’. Recordaba constantemente el texto: ‘Cuando yo le diga al malvado: “¡Vas a morir!”’, si tú no le adviertes que cambie su mala conducta, el malvado morirá por su pecado, pero a ti te pediré cuentas de su sangre’. Sentía que, si el impío pudiera ser advertido con eficacia, multitudes se arrepentirían; y que, si no eran advertidos, Dios me pediría cuentas de su sangre”.⁶ Estas palabras acudían una y otra vez a su mente: “Ve y advierte al mundo; a ti te pediré cuentas de su sangre”. Aguardó nueve años, pero todavía seguía sintiendo la misma preocupación angustiosa, hasta que en 1831 expuso públicamente por primera vez las razones de su fe.

Tenía ahora cincuenta años. No estaba acostumbrado a hablar en público, pero sus esfuerzos fueron bendecidos. Su primer discurso fue seguido de un despertar religioso. Todos los miembros de trece familias se convirtieron,

⁵ *Ibíd.*, pp. 76, 77, 81.

⁶ Ezequiel 33:8; Bliss, p. 92.

con la excepción de dos personas. Se le pidió que predicara en otros lugares, y en casi cada lugar se convertían más pecadores. Los cristianos despertaban a una consagración mayor, los deístas y los incrédulos reconocían la verdad de la Biblia. Su predicación despertaba la mente del público y detenía la creciente mundanalidad y la propensión excesiva a los placeres de la época.

En muchos lugares, las iglesias protestantes de casi todas las confesiones se abrían para su trabajo, y habitualmente las invitaciones procedían de los ministros. Tenía por norma no trabajar en ningún lugar al que no había sido invitado, pero pronto vio que los pedidos que le llovían eran el doble de lo que podía atender. Muchos se convencieron de la certidumbre y la cercanía de la venida de Cristo y de la necesidad que tenían de prepararse. En algunas de las grandes ciudades, muchos dueños de bares convirtieron sus establecimientos en salones de reunión; se cerraron las casas de juego; incrédulos y hasta los más abandonados libertinos se reformaban. Se organizaron reuniones de oración en iglesias de varias confesiones casi a cualquier hora, y grupos de comerciantes se reunían a mediodía para orar y alabar. No había excitación extravagante. Su obra, a semejanza de la de los reformadores, no tendía a excitar las emociones, sino más bien a convencer el entendimiento y a despertar la conciencia.

En 1833, Miller recibió de la Iglesia Bautista una licencia para predicar. Un gran número de ministros de su iglesia aprobaba su obra. Con la aprobación formal de ellos, Miller continuó con sus labores. Viajaba y predicaba constantemente, sin recibir jamás lo suficiente para hacer frente a los gastos de los viajes hasta los lugares en donde trabajaba. De esta manera, sus labores públicas le requirieron un gran desembolso de sus recursos personales.

“Las estrellas caerán”

En 1833, apareció la última de las señales que fueron prometidas por el Salvador como heraldos de su segunda venida: “Las estrellas caerán del cielo” (S. Mateo 24:29). Y en el Apocalipsis, Juan declaró: “Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento” (Apocalipsis 6:13). Esta profecía se cumplió de modo notable cuando se produjo la gran lluvia meteórica el 13 de noviembre de 1833, uno de los más extensos y admirables despliegues de estrellas fugaces que jamás se haya registrado. “Jamás cayó lluvia más tupida que esa en que cayeron los meteoros hacia la Tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo. En una palabra, todo el cielo parecía estar en conmoción. [...] Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del alba, con un cielo perfectamente sereno y sin nubes, se mantuvo en todo el firmamento un despliegue incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrante”.⁷ “Parecía que todas las estrellas del cielo se hubiesen reunido en un punto cerca del cenit, y que fuesen lanzadas de allí, con la velocidad del rayo, en todas las direcciones

⁷R. M. Devens, *American Progress; or The Great Events of the Greatest Century* [El progreso estadounidense; o Los grandes eventos del siglo más grandioso], cap. 28, párr. 1-5.

del horizonte; sin embargo, no se agotaban: con toda rapidez se seguían una tras otras por miles, como si hubiesen sido creadas para la ocasión”.⁸ “No era posible contemplar un cuadro más correcto de una higuera que deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento”.⁹

En el *Journal of Commerce* de Nueva York, del 14 de noviembre de 1833, apareció un largo artículo con respecto a este fenómeno: “Yo supongo que ningún filósofo ni erudito ha referido ni registrado un acontecimiento semejante, como el que ocurrió ayer por la mañana. Un profeta lo predijo hace aproximadamente 1.800 años, si entendemos que las estrellas que cayeron eran estrellas fugaces, [...] y es el único sentido que puede ser verdadero y literal”.

Así se cumplió la última de estas señales de la venida de Jesús, concerniente a las cuales les había dicho a sus discípulos: “Cuando vean todas estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas” (S. Mateo 24:33). Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas lo consideraron un anuncio del Juicio venidero.

En 1840 tuvo su cumplimiento otra notable profecía que suscitó el interés de todos. Dos años antes, Josiah Litch publicó una exposición del capítulo 9 de Apocalipsis, en la que predecía la caída del Imperio Otomano “en 1840 d.C., en algún momento del mes de agosto”. Solo pocos días antes de su cumplimiento, él había escrito: “Esto terminará el 11 de agosto de 1840, día en que puede anticiparse que el poder otomano de Constantinopla será quebrantado”.¹⁰

Una predicción cumplida

Exactamente en el tiempo especificado, Turquía aceptó la protección de los poderes aliados de Europa, y así se colocó bajo el control de naciones cristianas. El suceso cumplió exactamente la predicción. Multitudes se convencieron de los principios de interpretación profética adoptados por Miller y sus asociados. Personas de saber y de posición se unieron con Miller para predicar y publicar estos puntos de vista. Desde 1840 hasta 1844, la obra se extendió rápidamente.

William Miller poseía grandes dotes intelectuales, a las que sumaba la sabiduría celestial que adquirió al relacionarse con la Fuente de la sabiduría. Imponía el respeto en todo lugar donde se valoraran la integridad y la excelencia moral. Con humildad cristiana, era un hombre atento y afable para con todos, y estaba listo a escuchar a los demás y a considerar sus argumentos. Examinaba todas las teorías a la luz de la Palabra de Dios, y su razonamiento sano y su conocimiento de las Escrituras lo capacitaron para refutar el error.

Sin embargo, así como aconteció con los primeros reformadores, las verdades que presentaba no fueron recibidas por los maestros populares de religión. Como estos no podían sostener su posición fundamentándola en las Escrituras, recurrían a las doctrinas de los seres humanos y a las tradiciones de los Padres. Pero

⁸ F. Reed, *Christian Advocate and Journal* [Periódico y Defensor Cristiano], 13 de diciembre de 1833.

⁹ “The Old Countryman” [El viejo compatriota], *Portland (Maine) Evening Advertiser* [Anunciador Vespertino de Portland], 26 de noviembre de 1833.

¹⁰ Josiah Litch, *Signs of the Times* [Señales de los Tiempos], 1º de agosto de 1840.

la Palabra de Dios era el único testimonio que aceptaban los predicadores de la verdad adventista. Los oponentes utilizaban el ridículo y el sarcasmo al difamar a aquellos que anticipaban con gozo el regreso de su Señor y se esforzaban por vivir vidas santas y preparar a otros para la venida del Señor. Hicieron que estudiar las profecías referentes a la venida de Cristo y al fin del mundo pareciera un pecado. Así fue como los ministros populares socavaron la fe en la Palabra de Dios. Sus enseñanzas tornaban a los seres humanos en incrédulos, y así muchos se tomaron la libertad de andar según sus impías pasiones. Luego, los autores de este mal culparon de todo ello a los adventistas.

Aunque la obra de Miller atraía a grandes multitudes de oyentes inteligentes, la prensa religiosa raramente mencionaba su nombre, salvo para el ridículo y la acusación. Los impíos, envalentonados por los maestros religiosos, recurrían a apodosos blasfemos cuando se referían a él y a su obra. El hombre encanecido que había abandonado la comodidad de su hogar para viajar a su propia costa con el fin de presentar al mundo el testimonio solemne y la advertencia del Juicio cercano fue denunciado como fanático.

Interés e incredulidad

El interés continuó creciendo. Comenzando con veintenas y centenas, las congregaciones habían crecido hasta alcanzar los millares. Pero, después de un tiempo, se comenzó a manifestar oposición contra estos conversos, y las iglesias comenzaron a tomar medidas disciplinarias con los que habían abrazado las opiniones de Miller. Esto requirió una respuesta de su pluma: "Si estamos en el error, les ruego nos muestren en qué consiste nuestra equivocación. Convéncenos con la Palabra de Dios de que estamos en error. Ya hemos sufrido bastante ridículo, pero eso no puede convencernos de que estamos equivocados; la Palabra de Dios es la única que puede cambiar nuestra opinión. Hemos llegado a nuestras conclusiones en forma deliberada y después de mucha oración, al ver la evidencia en las Escrituras".¹¹

Cuando la iniquidad de los antediluvianos indujo a Dios a traer el diluvio sobre la Tierra, primero les dio a conocer su propósito. Durante 120 años se proclamó la amonestación al arrepentimiento. Pero no creyeron. Se burlaron del mensajero de Dios. Si el mensaje de Noé era cierto, ¿por qué no lo vio y creyó en él todo el mundo? ¡Las aseveraciones de un hombre en contra de la sabiduría de miles! No dieron crédito a la amonestación ni buscaron protección en el arca.

Los burladores señalaban la sucesión invariable de las estaciones, y el cielo azul que nunca había arrojado lluvia. Con desprecio, declaraban que el predicador de justicia era un entusiasta delirante. Insistieron en sus malos caminos en forma más atrevida que antes. Pero, al tiempo señalado, los juicios de Dios cayeron sobre los que rechazaron su misericordia.

¹¹ Bliss, pp. 250, 252.

Escépticos e incrédulos

Cristo declaró que, como las personas en los días de Noé, “no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:39). Cuando el profeso pueblo de Dios se esté uniendo con el mundo, cuando el lujo de este llegue a convertirse en el lujo de la iglesia, cuando todos anticipen muchos años de prosperidad mundana, entonces, en forma tan repentina como los fulgores del relámpago, vendrá el fin de sus engañosas esperanzas. Así como Dios envió a su siervo para advertir al mundo acerca del diluvio venidero, envió a sus mensajeros escogidos para proclamar la cercanía del Juicio Final. Y, así como los contemporáneos de Noé se burlaron de las predicciones del predicador de justicia, en los días de Miller muchos de los que profesaban ser el pueblo de Dios se rieron abiertamente de las palabras de advertencia.

No puede haber una evidencia más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios que la hostilidad provocada por este mensaje de origen celestial.

Los que aceptaron la doctrina adventista llegaron a la conclusión de que era tiempo de tomar posiciones. “Los asuntos de la Eternidad asumieron para ellos [...] realidad. Se les acercó el Cielo, y se sintieron culpables ante Dios”.¹² Se les hizo sentir a los cristianos que el tiempo era corto, que lo que debían hacer en favor de sus semejantes debía hacerse rápidamente. La Eternidad parecía abrirse delante de ellos. El Espíritu de Dios daba poder a los llamados que hacían a prepararse para el Día de Dios. Su vida diaria era un reproche para los miembros no consagrados de las iglesias. Estos no querían ser perturbados en sus placeres, en su búsqueda de dinero, en su ambición por el honor mundano. De ahí la oposición en contra de la fe adventista.

Los opositores se esforzaban por desanimar la investigación de la Biblia enseñando que las profecías estaban selladas. Así, los protestantes siguieron los pasos de los romanistas. Las iglesias protestantes aseveraban que una parte importante de la Palabra, la que era especialmente aplicable a nuestro tiempo, no podía entenderse. Los ministros declaraban que el libro de Daniel y el Apocalipsis eran misterios incomprensibles.

Pero Cristo dirigió a sus discípulos a las palabras del profeta Daniel: “El que lee, *que lo entienda*” (S. Mateo 24:15). Y el Apocalipsis ha de ser entendido. “Esta es la revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos lo que sin demora tiene que suceder. [...] *Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan* las palabras de este mensaje profético *y hacen caso* de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca” (Apocalipsis 1:1-3, énfasis añadido).

“Dichoso el que lee”: hay quienes no quieren leer. Y “los que escuchan”: también hay algunos que se niegan a oír cualquier cosa concerniente a las profecías. “Y hacen caso de lo que aquí está escrito”: muchos se niegan a escuchar las instrucciones del Apocalipsis. Ninguno de ellos puede reclamar la bendición de la dicha prometida.

¹² *Ibid.*, p. 146.

¿Cómo se atreven las personas a enseñar que el Apocalipsis está más allá de la comprensión humana? Es un misterio revelado, un libro abierto. El Apocalipsis dirige la mente al libro de Daniel. Ambos libros presentan instrucciones importantes relativas a los acontecimientos del fin de la historia humana.

Juan vio los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra los mensajes finales que han de madurar la cosecha de la Tierra, ya sea para el granero del Cielo o para los fuegos de la destrucción, con el fin de que los que se vuelvan del error a la verdad sean instruidos con respecto a los peligros y los conflictos que les esperan.

¿Por qué, entonces, existe esa ignorancia general concerniente a una parte importante de la Sagrada Escritura? Es el resultado de un estudiado esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar de la vista de los seres humanos aquello que revele sus engaños. Por esta razón, Cristo, el Revelador, previendo la guerra contra la revelación del Apocalipsis, pronunció la bendición de la dicha sobre todos los que leyeran, escucharan y guardaran las profecías.